

Entrevista con Roberto Bolaño

Dunia Gras Miravet

Tras el éxito de Los detectives salvajes, Roberto Bolaño recibió en 1999 el prestigioso premio Rómulo Gallegos, concedido en sus primeras ediciones a autores como Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez. Sin embargo, el escritor sigue con su vieja mochila de siempre, manteniéndose al margen de la pompa y sus circunstancias, en su estudio de Blanes, cerca de Girona, quizás en una reivindicación tácita de la periferia. Continúa transitando la senda de la poesía, donde comenzó, aunque a veces los renglones no se corten en versos. Anagrama acaba de publicar Monsieur Pain, la reedición de un anterior texto suyo. En la actualidad trabaja en una nueva novela y en un libro de cuentos.

—Antes de ser conocido como novelista publicaste cinco poemarios en México y España, y las referencias poéticas en tus novelas son constantes. En algún momento de Los detectives salvajes, un personaje escribe: «Nuestra situación (según me pareció entender) es insostenible, entre el imperio de Octavio Paz y el imperio de Pablo Neruda» (p. 30). Efectivamente, ¿cómo se borra su huella para abrirse camino en poesía y seguir escribiendo?

—Para mi generación, o para algunos poetas de mi generación, la disyuntiva estaba entre una poesía comprometida con la lucha social, que nos llevaba directos a la afasia, a la catatonía, como era la poesía de Neruda, de la que realmente abominábamos, o la de Octavio Paz, que era una poesía o una actitud con la que tampoco comulgábamos, como de torre de marfil, o torre de algo, por la que no sentíamos el menor interés. Y lo que buscábamos era una tercera vía estética, algo que no fuera ni el realismo socialista al que nos abocaba Neruda, ni «la otredad» paciana. Y, de hecho, la encontramos en Nicanor Parra, el poeta que más nos influyó. Sobre todo, lo que tenía —y en grandes dosis— era sentido del humor, algo que Paz no tenía, o al menos nosotros éramos incapaces de vérselo. En Neruda también faltaba. Y en Parra había muchísimo. Y el mejor sentido del humor del mundo, que es el humor negro.

–En tus novelas aparecen referencias a una amplia nómina de la poesía hispanoamericana de este siglo (desde Huidobro a Jorge Teillier, pasando por Cardenal, Pizarnik, Roque Dalton, además de los todopoderosos Neruda y Paz), pero también de la poesía francesa, desde el simbolismo a la actualidad. ¿Te consideras heredero de ambas tradiciones? ¿O se trata de una sola?

–Creo que no se trata de elegir a un solo poeta. Entre los poetas que has mencionado, para mí, Roque Dalton fue un poeta al que admiraba como sólo los jóvenes veinteañeros pueden admirar o, más bien dicho, querer a los poetas. A los veinte años se quiere a los escritores. A los cuarenta y seis, como tengo ahora yo, a lo más que llegas es a admirarlos, pero no a quererlos. Yo lo que siento ahora es cariño por jóvenes escritores. A Roque Dalton lo quisimos mucho y, además, encarna, de alguna manera, la figura canónica del intelectual latinoamericano que sabe ser valiente. Es lo que dice Borges en unos versos: «Nunca un hombre se arrepiente/ de haber sido valiente»; son muy sencillos, pero de una justeza total. Y creo que es cierto, aunque tal vez, en según qué cosas, sí que se arrepiente. Pero, generalmente, nunca. O sólo cuando la responsabilidad de uno se bifurca, se extiende, y toca la vida de otros. Cuando tu valentía implica poner en juego o en un brete a gente que no ha pedido entrar en esa disyuntiva de ser valiente o ser cobarde, sobre todo cuando ésta supone, a veces, morir. Y Roque Dalton era eso, el hombre que fue valiente, que tuvo una muerte horrible y, al mismo tiempo, dentro de una tradición de humor negro, una muerte de la que te podías reír a gritos: pasa toda una noche discutiendo con los comandantes de la guerrilla salvadoreña y propone no empezar la lucha armada; los comandantes lo escuchan –todos son muy jóvenes, todos menores que él–, se hace tarde y Roque Dalton se acuesta; los comandantes siguen hablando entre ellos y deciden que nada, que la lucha armada tiene que empezar, y que Roque Dalton tiene que morir. Y mientras está dormido, va uno y le pega un tiro en la nuca. Es una cosa atroz, como para fortalecer la fe en los movimientos revolucionarios.

Y respecto al resto de poetas que mencionas, Huidobro es un poeta que me gustó mucho cuando era joven y que cada vez me gusta menos. Me contaron que Donoso, cuando se estaba muriendo, le pedía a su hija que le leyera *Altazor*. A mí me pareció una pesadilla: imaginarme yo muriendo y alguien que me leyera *Altazor* sería la peor putada que me podrían hacer. Debe ser infernal. Morirse y que las últimas palabras que uno escuche sean las de *Altazor*. Qué horror. Y Jorge Teillier es otro hombre valiente, distinto